siviles. El Sr. Sagasta se encuentra ya mas aliviado y si mañana no puede abandonar el lecho, el Consejo de ministros se reunirá en su casa.

El Sr. Barcia que se encuentra en Cartagena refugiado en un consulado ha escrito una carta á un periódico de Madrid que es curiosa por mas de un concepto. En ella dice que por una candidéz del destino no han volado en Cartagena sitiadores y sitiados yendo á visitar á la luna, pues habia una cantidad enorme de pólvora en un edificio donde estaban refugiadas varias familias que con frecuencia encendian lumbre y donde caian muchos proyectiles. El Sr. Barcia encuentra natural y justificado que á los republicanos haya sucedido el gobierno del Duque de la Torre y vaticina que si este gobierno no tranquiliza el pais vendrá indefectiblemente el príncipe Alfonso. El Sr. Barcia se encuentra propicio á apoyar á este gobierno contra los carlistas porque, segun dice no quiere ser quemado á nombre de la piedad.

Anoche circularon con insistencia rumores de que los carlistas habian entrado en Santander. La noticia no era cierta pero si lo es que se habia acercado á aquella plaza una faccion numerosa intimándole la rendicion. Santander no será tomado, pero los carlistas han interceptado la línea férrea que une á aquella poblacion con Madrid y que era la única que nos quedaba para la comunicacion fácil con Europa.

Algunos periódicos aseguran que el general Moriones cuenta con diez y seis mil hombres. Me parece exagerada esta cifra. Tambien se dice que ha emprendido nuevas operaciones y y la situacion de Bilbao asi lo exige.

Hoy hay grande escaséz de noticias políticas y financieras.

En la Habana debió saberse en los últimos dias del mes pasado lo que iba á ocurrir en Madrid el 3 de Enero porque algunas cartas recibidas hoy de aquel punto dicen que los enemigos de la abolicion de la esclavitud se mostraban muy intranquilos.

L. N.

UN VICIO FATAL.

Es tan conveniente para la sociedad que sus individuos sean virtuosos, como le es perjudicial si solamente el vicio reina entre ellos. Virtudes hay sociales que asegurando de un modo estable y firme la paz y tranquilidad de todos, anudan y afianzan eficazmente el vínculo social. Mas no faltan vicios opuestos á estas virtudes que trastornando la marcha de la civilizacion, son muchas veces causa de un desquiciamiento general. Así que deseando la felicidad de todos, vamos á esponer algunas tristes consecuencias que se originan de un vicio que creemos harto arraigado en el corazon de muchos de nuestros convecinos.

No se necesita por desgracia ser un observador muy atento para convencerse de que medio mundo envidia á otro medio; una nacion es envidiada por otra, un pueblo envidia á otro pueblo, una familia á otra y hasta el individuo es envidiado por su prógimo.

Declara una gran nacion la guerra á otra mayor cuyo poder es inmenso y cuyos trofeos ostenta con orgullo, porque la envidia, ese apetito de engullirse á su hermana que brilla mas que ella, no le da un momento de reposo hasta que por su causa se ha derramado mucha sangre inocente.

¿Gasta un pueblo superfluamente su dinero en dorar sus iglesias, en construir teatros cuya capacidad supera á la necesidad del pueblo, en arreglar sus fuentes con ostentacion y lujo? pues la envidia, ese vicio fatal, la atiza para rivalizar con el pueblo vecino y ofuscarlo con su esplendidez y boato.

Se agita una familia cuando otra se pone en movimiento; y un individuo intenta rivalizar con otro en asuntos y negocios al parecer laudables pero que revelan ese pesar del bien de su prógimo, porque la envidia que les corroe á todos les escita á que se agraden, á que se remonten hasta donde no es azequible á sus fuerzas. Mas ¿qué le importa al hombre envidioso acometer empresas arriesgadas aun á trueque de su reposo, de sus intereses y hasta de su honra si logra sobreponerse al que trata de abatir?

Vemos un infame, un criminal, un ladron que se pasea en coche y le tenemos envidia por su ostentacion jactanciosa bajo cuyos pliegues van envueltos el crímen y la infamia. Y ¿por que un asesino que habita un palacio es envidiado tambien? Queremos agrandarnos para empequeñecernos, queremos vivir en la opulencia para ser miserables, deseamos en fin remontarnos hasta las nubes para precipitarnos de mas altura.

Mas no para aqui esa carcoma de los huecos; sino que entrometiéndose en una familia ó en una poblacion, agita é inquieta á sus individuos hasta que unos cuantos quedan eclipsados y aplastados por el deber de los demás; esto es, hasta que han llegado al fraccionamiento que los envidiosos deseaban y que no por eso tendrán paz. Al llegar á tal estremo es tan desgraciada la familia como infeliz el pueblo.

Muchas veces una poblacion se ve desgarrada con toda clase de abusos y con toda especie de escándalos por ese funesto vicio cuyos terribles efectos no sabemos á que causa achacar. Si se procura una mejora para la poblacion entera, es criticada porque no es de gusto de todos sus habitantes, si se satisface una necesidad de cierto barrio, rabia el otro porque brillará tanto como éste; si se intenta un adelanto, un progreso para la poblacion, es combatido por aquellos que no han pensado en tal cosa; medra un barrio mas que el otro por su laboriosidad y constancia, es calumniado pérfidamente por el que debiera tomarle como hijo: en fin el envidioso se afana en rebajar cuanto bueno ve de su prógimo, critica, por sistema lo que no es obra suya y le causa pena todo lo que no está en poder de otro.

Aun hay mas: existe poblacion que vive sin sosiego y contínuamente agitada, porque cierto barrio está disgustado de no tener en él su primera Autoridad Popular, y como no lleve la iniciativa en cuantos planes y proyectos se maquinen en el pueblo, los desacredita y reprueba, por mas que sea un bien para todos; pues la envidia le dice no has sido tu quien los ha ideado. ¿No logra imponerse á los demas, sino que queda abatido? Entonces agita sus miembros, exalta los ánimos de sus habitantes hasta el extremo de que obcecados totalmente, piensan deshacerse de su convecino para ver si de esta suerte pueden aniquilarle. ¡Mas ay! que la aniquilacion de un barrio implica el desquiciamiento de todo el pueblo.

Hé aquí el último resultado; hé aquí las consecuencias de ese veneno fatal, de ese perturbador de la sociedad.

Como quiera que estamos todos interesados en no trastornar jamás la tranquilidad de este pueblo, no vacilamos en prometernos que, sacudiendo preocupaciones ridículas tendremos la suficiente fuerza para desterrar de nosotros cualquier vicio ó pasion que pueda ser causa de fatales consecuencias.

UN CADAVER INSEPULTO.

Dice «La Bandera Española.»

Con el sello de Cartagena, y la fecha de ayer 19 de Enero, nos ha traido el correo un documento sobremanera curioso. Trátase nada menos que de una carta escrita, bajo el anterior epígrafe, por don Roque Barcia, tan funestamente popular entre los federales, y hoy arrepentido de sus obras y sus palabras, aunque no curado de sus extravancias literarias. Como pudieran parecer impropias del célebre propagandista sus nuevas ideas, guardamos el original, escrito de su puño y letra, á disposicion de cuantos quieran verlo.

Dice así la carta:

I.

Supongo que no habrá quien sospeche que intento sincerarme para hallar gracia en los que gobiernan.

Al que tantas prisiones ha sufrido, no puede importarle una prision mas.

El que no ha temblado bajo el estruendo horrible de cien mil proyectiles, no puede temblar ante un enojo de la política ó ante un capricho de la suerte.

Ni el gobierno debe estar airado con nosotros, puesto que no nos levantamos contra los hombres del actual poder, sino contra ministros que, titulándose federales, nos negaron contra todo derecho la federacion.

No hablo por miedo: hablo por conciencia: hablo como he hablado toda mi vida: lo tengo probado hasta la saciedad.

Muchos me preguntan: «Si estaba usted tan violento en Cartagena ¿porqué permanecia?»

Mucho me repugna tocar este asunto; pero algo tengo que decir, porque mi honor no es solo mio.

Estaba en Cartagena, porque, cuando solicitaba pase de la junta, no se daba cuenta del oficio en que lo pedia.

Estaba en Cartagena, porque tenia la imprescindible obligacion de no provocar graves turbaciones.

Estaba en Cartagena, porque mi retirada hubiera ocasionado un hondo conflicto.

Estaba en Cartagena, porque ni me dejaban salir, ni yo lo he debido intentar.

Estaba en Cartagena, porque se indicó el bombardeo y el peligro me sujetaba, puesto que mi deber era morir con mis hermanos.

Estaba en Cartagena, porque entre la muerte y la fuga ningun hombre digno debe amar su vida.

Estaba en Cartagena, porque era un prisionero, mas de los sitiados que de los sitiadores.

Estaba en Cartagena, porque allí estaba mi partido.

Estaba en Cartagena, porque allí se moria en nombre de la revolucion

No era la revolucion que yo busco; pero todo el pais lo creia y esto me bastaba.

Estaba en Cartagena, para lo que estuve en todas partes: para el sacrificio.

Paso al asunto de estos renglones.

Desde el bombardeo de Almeria no asisti á la junta, y mi existencia fué un martirio y un remordimiento.

Se me aseguró que en aquel bombardeo habia perecido una mujer con una criatura,(1) y la sombra de aquellas víctimas me atormentaban cruelmente.

Muchas veces me despertaba sobresaltado, creyendo escuchar una voz que decia: «no duermas: tú república federal, tu república humana, esa república que has predicado tanto tiempo, pasó por Almeria y me robó á mi hijo.»

¡Qué bombardeo más desgraciado! ¡Qué hora tan terrible!

Pero conste que, al hablar de la junta, no me refiero á sus individuos, á quienes debo mucha honra y mucha alabanza.

Todos mis compañeros son muy santos, muy justos, muy héroes; pero no sirven ni para gobernar una aldea.

Y de esta insuficiencia absoluta para el manejo de los negocios públicos, de esta ignorancia pertinaz, de este abandono incorregible nacen todas las desventuras que han caido, como si hubiesen llovido del cielo, sobre el movimiento que ha terminado; ese movimiento colosal, cuyo primero y último suspiro está sellado con tanta sangre y con tantas lágrimas en los gloriosos muros de una ciudad heróica.

Abandono fué la desgracia del Parque.

Abandono, el incendio de la «Tetuan.»

Abandono, la carniceria de la Puerta de Madrid.

Abandono, la pérdida prevista del castillo de la Atalaya.

Abandono, la fuga de Chinchilla.

Para que pueda graduarse hasta qué punto nos hace imbéciles la falta de experiencia en el gobierno, voy á referir un incidente, entre los muchos de que no me quiero acordar.

El castillo de la Concepcion tiene un polvorin con 24.000 arrobas de pólvora. Durante tres ó cuatro dias estuvimos con dos aspilleras abiertas, que comunicaban con el polvorin y que recibian los contínuos fuegos de las baterias sitiadoras.

Al lado mismo de las aspilleras cayeron dos ó tres proyectiles. ¿Qué cosa mas facil que haber caido uno sobre la pólvora como cayó en el Parque de artillería, habiendo entrado por una reja?

Pero no es esto solo: bajo las galerías del castillo, contiguas todas al polvorin, se habian amparado muchas familias, y cada una de ellas encedia lumbre.

¿No pudo una chispa producir el incendio de aquella inmensa cantidad de pólvora?

Pues si esto aconteció, toda Cartagena hubiese volado hasta las nubes. La ciudad de Múrcia, que dista nueve leguas, se hubiera conmovido, sino derribado.

Cuando veo que esta ciudad existe, tengo que atribuirlo á un milagro patente de la Providencia. Si; es un prodigio que no nos hallemos bajo escombros los sitiadores y los sitiados.

Finalmente, por una inocentada del destino no hemos ido todos á visitar la luna.

¡Oh, ruinas de Cartagena, primer monumento del pueblo latino, profecía augusta de un mundo que está en gérmen! ¡Oh, ruinas sagradas, cuántas verdades me habeis revelado!

II.

Hace diez meses que dije á un ministro: «esta política nos lleva á Serrano.»

Y Serrano vino porque debió venir.

No es suya la culpa, sino de quien le trajo con su impotencia.

Lo que ha hecho el duque de la Torre lo habria hecho yo, si yo hubiera tenido su poder y su plan.

Unas Constituyentes federales que se tornan en enemigas juramentadas de la federacion, no merecian acabar de un modo mas cristiano.

No las mató Pavía; las mató su destino.

No las mató Pavía; se mataron ellas.

¿Quisieron volver sobre sí cuando ya tenian el puñal clavado en el corazon? ¡Ah! era tarde.

Ahora digo á España: «si la república no pacifica á nuestro país, tendrá que venir la restauracion.

¿Por qué? Porque cuando una idea, una dinastía, una tradicion, una fé, una persona, tiene un fin que cumplir, tarde ó temprano viene á cumplirlo.

Puede venir antes; puede venir despues; pero viene.

Puede venir por distintos senderos; puede viajar por muchos paises antes de venir; pero viene.

Y esta necesidad suprema de las cosas no pertenece á la moral de los partidos, sino á la infalible moral del tiempo que es la moral de la Providencia.

Aunque nosotros no lo creamos, hay muchos hechos en este mundo que están reservados al gobierno de Dios, porque Dios hace lo que no pueden hacer los hombres.

Lo que debe arder, arde.

Y lo que debe pasar, pasa.

Y lo que debe venir, viene

Y cuando viene, alguna razon hay para que venga.

Podemos horadar un monte; pero no podemos romper este axioma.

Si la república no pacifica á España, vendrán los Borbones; vendrán sin disputa: vendrán forzosamente, porque vendrán con aquel fin.

Vendrán, sin que nadie pueda impedirlo, porque vendrán llamados por la moral histórica: es decir, por la moral de esa Providencia que habla por la boca de cada pueblo y de cada siglo.

¡Oigánlo todos los partidos liberales! O extinguimos la guerra civil, ó viene D. Alfonso ó doce años de tiranía.

III.

Republicanos federales, no nos empeñemos por ahora en plantear el federalismo.

Es una idea que está en ciernes; es una fruta que está madurando y conviene esperar la sazon.

Cuando el sol y el ambiente la maduren, poco importará que algunos digan que no está madura.

Yo la he visto; yo la he tocado: la he vuelto á tocar, y os aseguro que hoy está verde.

(1) No fueron estas solas; fueron muchas mas, sépalo el Sr. Bárcia.

Diputación de Almería — Biblioteca. Crónica Meridional, La (Almería). 24/1/1874, p. 2